



Sociológica

ISSN: 0187-0173

revisoci@correo.azc.uam.mx

Universidad Autónoma Metropolitana

México

Durkheim, Émile

La enseñanza de la moral en la escuela primaria

Sociológica, vol. 17, núm. 50, septiembre-diciembre, 2002, pp. 153-170

Universidad Autónoma Metropolitana

Distrito Federal, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=305026563007>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto



traducciones,
entrevistas y notas



1882, bajo el impulso de la adopción del laicismo.² Pasó 15 años en esa universidad antes de llegar a París, donde finalmente alcanzaría la consagración en tanto sociólogo y educador.

El tema de la enseñanza de la moral laica es, en el momento de la conferencia, un asunto en el cual Durkheim ya era una autoridad. Llevaba trabajando en él desde sus años en Bordeaux; como encargado del curso de ciencias sociales y pedagogía trató de impulsar el conocimiento de la sociología entre sus alumnos y uno de sus temas favoritos para lograrlo fue la educación moral.

Al final del siglo XIX, en un contexto nacional de secularización, para Durkheim no bastaba con despojar de su contenido y de su forma religiosa a las prácticas y creencias sociales, resultaba necesario sustituir la referencia religiosa de la moral por una moral laica, ciudadana, republicana. La nueva moral tenía una base social y era menester lograr su transmisión en los procesos educativos; esto es, era imprescindible un proceso de socialización en torno a los valores, creencias y explicaciones de carácter laico y patriótico. La educación moral, en ese sentido, representaba un acto de responsabilidad social para integrar a las nuevas generaciones a la vida cotidiana de un modo armónico, que diera lugar a una solidaridad orgánica donde todos los individuos sostuvieran las reglas, tanto porque las respetaban como porque las quisieran y reconocieran en ellas una fuerza mayor a la cual debían someter sus intereses particulares.

Se trataba de construir una ciudadanía comprometida con las reglas adoptadas por la sociedad, que, al fomentar que los individuos actuaran de modo disciplinado, generaba las condiciones de una vida razonable y libre, alejada de la anomia. Se procuraba edificar una ciudadanía empeñada en la construcción y el mantenimiento permanente de la organización social.

En la conferencia que presentamos, Durkheim insiste en uno de sus temas favoritos: la naturaleza social de la moral. Para él, es la sociedad quien define a la moral, a las religiones y al sentido mismo del patriotismo. Deber y bien en el pensamiento de Durkheim se explican históricamente, de acuerdo al desarrollo específico de las sociedades. En tal virtud, los únicos valores universales son aquellos que permiten el beneficio de la sociedad e impiden su destrucción.

Educación como socialización (Sigueme, Salamanca, 1976). Hasta donde sabemos, este texto estaba traspapelado en una biblioteca, se publicó por primera vez en francés en 1992 y ahora lo hacemos para Sociológica.

² Steven Lukes, *Émile Durkheim. Su vida y su obra*, Centro de Investigaciones Sociológicas/Siglo XXI, 1984, Madrid.

Según Durkheim, una de las tareas pendientes de la escuela pública es alcanzar una buena educación moral, en el sentido de transmitir y hacer comprender las reglas sociales. En efecto, Durkheim supone que la base de la integración social radica en que los individuos no sólo se subordinen a las reglas sociales, sino que estén plenamente convencidos de su valor. En la medida en que el hombre no nace social, sino que se hace social cuando incorpora para sí el lenguaje, los conceptos y sentimientos colectivos, el papel de la escuela resulta crucial para impulsar un nuevo tipo de ciudadanía sin referentes religiosos o, si se quiere, transfiriendo la sacralidad de Dios a lo social, como se puede inferir del texto de Steven Lukes (1984: 408).

En esta conferencia, Durkheim insiste en señalar que desde hace muchísimo tiempo moral y religión fueron una misma cosa, pero que la novedad del Estado laico consiste en separar esos mundos y fundar una moral estrictamente ciudadana; sin embargo, va más lejos al explorar la dualidad que implica esta sacralización de lo social, pues como cualquier dios, la sociedad presenta tanto un carácter impositivo, inmovible, limitador de la libertad y el deseo individual, como un carácter bueno, confortable, que brinda seguridad y certeza a los individuos en las relaciones sociales.

“Una sociedad es a sus miembros lo que un dios a sus fieles”, les dice Durkheim a estudiantes y maestros normalistas, y sostiene enfático el doble significado que tiene acatar las reglas sociales, pues, la sociedad, por un lado reconforta a los individuos aceptándolos y aprobando sus conductas y, por otro, exige el sacrificio, la pena, el esfuerzo, el ejercicio de la violencia contra nosotros mismos y nuestros impulsos.

Para el pensador francés, el papel de la escuela es la enseñanza de la moral laica; por ello aboga por una enseñanza que haga visible en el niño la fuerza de la moral, que le permita comprender su evolución histórica y estar convencido de su mantenimiento y conservación, como parte básica de su compromiso con la sociedad.

Pensar en las ideas que propone Durkheim no sólo tiene un interés académico o de carácter teórico. Si tomamos en serio algunas de sus proposiciones, podemos advertir que el papel socializador de la escuela pública mexicana no ha sido repensado a partir de la transición política operada en el año 2000. La consolidación de la democracia ocurre cuando los ciudadanos comparten, reconocen como importantes y hacen suyas las reglas del juego democrático; cuando han interiorizado ciertos valores y actúan en consecuencia con ellos en su

vida cotidiana. La reflexión de Durkheim que aquí presentamos resulta también vigente desde esta perspectiva, para invitar a pensar qué estamos haciendo desde los diferentes niveles escolares para contribuir a la consolidación de la democracia. Celebremos a Durkheim y felicitémonos de encontrar, casi cien años después, ideas que desde la sociología siguen invitándonos a la reflexión crítica de nuestro presente.

LA ENSEÑANZA DE LA MORAL EN LA ESCUELA PRIMARIA ÉMILE DURKHEIM

Después de un poco menos de 30 años, proseguimos en Francia una empresa pedagógica que es con certeza una de las más duras entre las que se han intentado hasta ahora. Nosotros hemos resuelto enseñar a nuestros niños de las escuelas primarias la moral en términos puramente laicos. Yo soy de esos que creen que la empresa era necesaria y posible. Yo soy también de esos que están convencidos de que una revolución así no marcharía sin dificultad. Indudablemente ella es mucho menos simple, mucho más difícil de lo que pensaban los hombres de valor y de fe a quienes corresponde, por lo demás, el más grande honor de haber tenido la iniciativa. Eso nos explica cómo, a pesar del esmero y ardor de los maestros, los resultados dejan todavía qué desear.

Bajo formas diferentes, esta cuestión es (puede ser) una de esas que han tenido el mayor lugar en las preocupaciones de toda mi vida; yo pensé que no había sujeto que abordar hoy con mayor utilidad para ustedes. Seguramente el problema es mucho más complejo, mucho más arduo para que yo pueda esperar, en el espacio de una conferencia, tratarlo en toda su extensión. Para lograr que comprendan, para justificar cómo debiera ser el método que convendría seguir en la enseñanza de la moral laica, para hacerles ver cómo este método debe aplicarse a todo el detalle de las cosas particulares, me haría falta un año o incluso más. Pero, como me dirijo aquí a espíritus educados, pensé que no sería imposible hacerles ver o al menos percibir, dentro del poco tiempo de que dispongo, el sentido en el que la enseñanza de la moral laica en la escuela primaria debe estar encausada; que no era imposible, al menos, darles una impresión de la idea directriz hacia la que se debe orientar. Eso es lo que intentaré hacer.

He aquí cómo debe plantearse el problema: se trata de saber cómo es posible enseñar la moral sin retomar parte alguna de cualquier religión que base sus normas en un escrito formal, o de alguna especie

de teología racional. Y no es que yo intente refutar el derecho de existencia de esas teologías, pero es claro que las doctrinas metafísicas no son accesibles a los niños. Nosotros estamos en la imposibilidad de servirlos de la escuela primaria. Dejémosles entonces de lado.

Pero, para que tengamos fundamento para rechazar las religiones, debemos tener razón para creer que nosotros podemos hacerlo tanto o mejor que ellas. Es necesario que tengamos razón de creer que nosotros brindamos los servicios que ellas han rendido y, por consecuencia, nuestra primera preocupación debe ser buscar cuáles son los servicios que las religiones han brindado, de manera que podamos ver en qué estado estamos nosotros, y cómo estamos en condiciones de satisfacer a las mismas necesidades, aunque de otra manera.

Ustedes comprenden bien que la alianza indisoluble del pasado entre la moral y la religión no puede ser el único producto de interpretación del hombre. Desde hace siglos, las ideas morales se fueron refugiando detrás de las ideas religiosas y, durante mucho tiempo, moral y religión estuvieron confundidas. Y bien, una afinidad así de estrecha entre esas dos suertes de ideas, entre esas dos concepciones, debe evidentemente corresponder a alguna cosa real, debe, evidentemente, estar fundada, en cierta medida, en la naturaleza de las cosas.

* * *

Les voy a mostrar el carácter esencial de la moral; ése que la hace diferente de todo lo que ella no es, de todo eso que no es verdaderamente la actividad humana.

Lo que caracteriza a las cosas morales, lo que las distingue de todas las otras cosas humanas, es el valor inconmensurable que les reconocemos en relación con otras cosas que desean los hombres. Para asegurarnos, dejemos de lado las teorías de los filósofos, dejemos de lado sus libros. Esos filósofos, para ser comprendidos, intentaron concentrar sus sistemas en algunas fórmulas simples, en determinadas reglas donde sus concepciones estaban más o menos alteradas para hacerlas inteligibles a la masa. Dejemos pues de lado la moral de los libros, interroguemos a la conciencia pública tal y como ella habla entre ustedes, tal y como habla alrededor de ustedes.

No hay ninguna duda de que para toda conciencia recta, hoy como siempre, en todos los países y en cualquier época, para toda conciencia recta, los bienes morales han estado siempre considerados como bienes

que no tienen una medida comparable con los otros bienes que los hombres desean y persiguen. Nosotros podemos admitir que alguien meta en los dos platos de una balanza los intereses industriales, por un lado, y los intereses de la higiene, por el otro. Podríamos admitir que uno ponga en balance los intereses de la ciencia y los del arte. Uno podría poner en balance, por ejemplo, las ventajas de una reforma sanitaria y lo que ello cuesta; uno puede examinar si los inconvenientes higiénicos de una práctica industrial se compensan por sus ventajas económicas. Nosotros reconocemos muy bien que uno pueda preguntarse si el estado estacionario de la civilización, en un país cualquiera, no está compensado por el progreso de las ciencias, o inversamente.

Pero no podemos admitir, sin sentir inmediatamente y dentro de nosotros emerger una protesta, que los progresos de la inmoralidad sean susceptibles de ser compensados por los progresos de la industria, del arte o de las ciencias. Nosotros no somos capaces de concebir que el valor económico, artístico, científico, de un lado, y, del otro, el valor moral, puedan ser comparados en cualquier medida que sea, concebidos como equivalentes. No podemos concebir que entre estos dos órdenes de valores haya una medida común, y es por eso que la moral no nos enseñará nunca que la inmoralidad puede ser borrada, compensada por una ventaja industrial o científica. La inmoralidad de una sociedad no es menor porque tenga muchos artistas, numerosos eruditos y múltiples máquinas industriales. Así sea pequeña la plaza que la moral ocupa en el orden de las cosas humanas, nuestras conciencias deben hacerle un lugar aparte.

¿De dónde viene entonces este lugar excepcional que le es asignado? Analicemos la vida moral de un individuo. Toda la vida moral del hombre está comandada por un cierto número de reglas, de principios, de máximas, de acciones que nos indican, que nos prescriben, cómo debe actuarse en determinadas circunstancias. La moral es un sistema de reglas.

La existencia de esas reglas, de esas máximas que determinan la acción no tienen nada de particular a la vida moral. No hay profesión donde no haya reglas que acatar. Toda especie de profesión tiene su técnica, es decir, el código de principios que ha consagrado el uso. El albañil que talla sus piedras tiene su técnica, como el médico tiene la suya en la cabecera del enfermo, como el profesor tiene la suya en su enseñanza, como el ingeniero que la tiene en su fábrica. Toda nuestra vida física es comandada por la técnica de la higiene y la medicina.

Hay un conjunto de reglas a observar si queremos conservarnos o si queremos aliviarnos. Esas reglas, las preguntamos a los médicos, pero no tienen una existencia en sí. Esas reglas, esas leyes de la técnica profesional, de la higiene, tienen un carácter propio, poseen una cualidad utilitaria: nosotros nos sometemos porque nos encontramos bien, porque las pruebas a las que estas reglas han estado sometidas las han consagrado, porque las experiencias pasadas nos garantizan su valor de principio. Los hombres se han encontrado bien de seguirlas por tanto tiempo, de donde hay cierta razón para creer que nosotros mismos nos encontraríamos bien al seguirlas. Nosotros nos sometemos, simplemente, porque esperamos obtener resultados ventajosos de esta sumisión. Si nos conformamos a las reglas de la higiene, es por que es la mejor manera de evitar enfermedades; ejecutamos las órdenes del médico porque es el mejor modo de sanar la enfermedad. Nuestra conducta está siempre determinada por un móvil: resultado desagradable al que nos exponemos si violamos los principios; resultado agradable si nosotros los seguimos. Son siempre las consideraciones utilitarias las que nos dirigen: es la naturaleza intrínseca del acto prescrito y sus consecuencias probables; es el deseo de ver ese acto generar continuidades agradables.

Es totalmente de otra manera lo que concierne a las reglas de la moral. Si nosotros las violamos, corremos el riesgo de ser echados de lado, en cuarentena, excluidos. Nadie platicará con nosotros de igual forma, no nos tratarán del mismo modo, nos mostrarán una baja estima, o nos mirarán incluso con desprecio. Si la violación es muy fuerte, la propia sociedad nos golpeará. He aquí las consecuencias desagradables de nuestra conducta. Pero es también constante, universal, que, para que un acto sea moral, para que sea considerado como moral por la conciencia pública, no es suficiente que él esté materialmente conforme a la regla que lo prescribe, no es suficiente con que haya sido cumplido tal y como se ordena. Es necesario que no tenga miedo de penas ni deseos de recompensa. La conciencia moral ha estado siempre de acuerdo unánime con ese punto: el acto no era moral si lo realizábamos para evitar consecuencias desagradables o para buscar resultados benignos. He aquí una cosa bien particular. Para que un acto sea moral, es menester que haya sido realizado de cierta manera, para que la regla sea obedecida como conviene que sea obedecida, es preciso que nos sometamos, no para evitar las penas o para tener recompensas, sino simplemente porque la regla manda, y por respeto a ella,

y porque ella nos parece respetable. Se debe, en una palabra, como lo dice la conciencia pública, hacer la tarea porque es la tarea, por respeto a la tarea.

Ustedes se preguntarán ¿cómo esto es posible? Constaten solamente ahora que todo el mundo habla así. Yo no me refiero aquí a los filósofos. Pero ustedes pueden percibir también que, para que ello sea así, es necesario que haya en esas reglas un prestigio particular, una autoridad excepcional que nos hace plegarnos a esa voluntad y nos impone obediencia. Esas reglas morales tienen esa autoridad. Nosotros sabemos de qué tono de comando habla el deber cuando él habla. Hay un tono cortante, que no permite vacilaciones. Frecuentemente dudamos cuando nos preguntamos lo que hay que hacer en la vida por nuestra conducta utilitaria. Pero cuando se trata del deber, todo es claro, todo es neto. Él dirige de una manera precisa. Para tener una idea, debemos escucharnos. Escuchen esa voz interior que todos los hombres conocen bien. La mayoría de los hombres no sabe de dónde viene, pero todos los hombres la sienten en ellos, y cuando se hace escuchar es con un acento tal que no podemos desconocerla. Podemos mantenernos sordos a esa voz, pero no podemos negarla. Ella tiene un carácter imperativo, ella manda, y es eso lo que da la seguridad con la que actuamos cuando creemos por fin ver claro. A pesar de lo que hayan dicho ciertos filósofos, el deber no es sólo un conjunto de consignas severas, imperativas, a las que hay que obedecer porque mandan. Si la moral no fuera nada de más, si ella tuviera exigencias de ese género, es probable que los hombres no pudieran practicarla. Si la moral no fuera más que órdenes, uno se preguntaría por qué los hombres podrían violarla.

Porque nosotros pensamos cumplir con el deber, es insuficiente que éste nos hable imperativamente; hace falta que los actos que dirige puedan tocarnos, emocionarnos. Es necesario que el acto reclamado no nos sea extraño, que podamos desearlo, que, de alguna manera, nos aparezca como bueno y digno de ser amado. La moral emerge como un sistema de principios imperiosos. Pero si ella no fuera más que eso, bien podríamos conformarnos, podríamos ceder a la coacción, pero no la querríamos verdaderamente. Para quererla, se precisa que también podamos amarla. Eso es lo que ha sentido la opinión común cuando dice que en la moral hay dos ideas, la de deber y la de bien.

La idea de bien, ¿qué quiere decir eso? Que la moral no es solamente un sistema de reglas, sino que el acto moral es bueno, que

puede ser deseado, que podemos amarlo. El filósofo Kant ha ensayado, dado que tenía una alta noción del deber, aproximar la idea de bien y la idea de deber. Pero esta reducción es imposible. Uno no puede vincularlas. La idea de bien tiene su propio resplandor, uno no puede opacar ese brillo de nuestros ojos sin que su horizonte sea más o menos ensombrecido, hace falta que la moral se nos revele como amable y como digna de ser amada, que le hable a nuestro corazón y que podamos cumplirla, incluso en un momento de pasión.

Pero vamos a reencontrar, en un segundo rasgo, un aspecto del primero. Nosotros deseamos los actos morales como a los otros bienes; pero los bienes morales se distinguen de todos los otros; uno puede amar los honores, se puede querer la riqueza, la fortuna, la gloria, y para obtener esos bienes no hay más que seguir la pendiente de nuestros deseos impulsados por ellos mismos. Podemos guiarlos por la inteligencia, dirigirlos con reflexión, pero no somos capaces de resistirlos, sólo de seguirlos. Al contrario, cuando cumplimos los actos de la moral, hay un esfuerzo, una pena, un sacrificio. Ustedes pueden percibir que cualquier detalle de nuestra vida cotidiana está hecho de sacrificios en todos los instantes. En cada momento hacemos sacrificios; incluso la vida moral ordinaria supone esfuerzos de ese género. Sabemos que un acto moral muy fácil de realizar no es un acto moral. En cualquier manera y del modo que sea, nosotros ejercemos violencia hacia alguna cosa cuando cumplimos un acto moral. Ciertamente, seguimos nuestros deseos, pero también rechazamos otros, ejercemos violencia en contra de nuestra naturaleza. Actuando moralmente, nos elevamos por sobre nosotros mismos, nos sentimos superiores. Si no ejerciéramos violencia, si cayéramos al nivel de nuestra vida ordinaria, no podríamos actuar moralmente.

En el bien moral, hay cierta cosa que nos rebasa. Como sea que uno los conciba, los fines morales deben ser representados como trascendentes en relación con otros. Sin importar que uno interprete la moral como sistema de reglas que dirigen o como un ideal que uno desea, la moral se nos aparece como aproximándose a un mundo que no nos es extraño sin duda, que nos toca evidentemente, pero que nos rebasa infinitamente. Cuando nosotros lo queremos, tenemos el sentimiento de que nos elevamos, que dominamos cierta cosa en nuestro interior. He aquí lo que hace que, desde todos los tiempos, las ideas morales hayan sido tratadas y expresadas bajo formas religiosas. Es difícil hacer un acto moral. Cuando actuamos moralmente, nos

arrancamos, en alguna medida, a nosotros mismos, volvemos los ojos hacia cierta cosa que nos sobrepasa, que nos avasalla. De aquí se observa cómo las ideas morales estaban casi necesitadas de envolverse en símbolos religiosos. Los hombres tienen necesidad de comprender cuando ellos actúan, cuando ellos luchan por alcanzar ese ideal que, desde siempre, ha tenido el mismo carácter, que tiene tal importancia en la vida. ¿Cómo es que en ciertos momentos estarían prestos a olvidar sus intereses, a sacrificar incluso su vida? ¿A qué se subordinarían para que ese ideal no les apareciera como una vana fantasmagoría de su espíritu? ¿Dónde encontrarían esta realidad a la que se aferran tan desesperadamente?

* * *

La religión enseña que, por abajo del mundo donde vivimos y del que formamos parte, existe una poderosa moral de otro género, que nos somete, que nos es superior, y de la cual dependemos. Porque ella es superior a nosotros tiene todo lo que hace falta para definir las reglas de nuestra conducta, nosotros somos sus sujetos. Es el poder divino. Estamos en sus manos. Ella tiene toda la autoridad necesaria para hacer la ley. Ella tiene la majestad, y la majestad que nosotros le reconocemos explica la majestad de la ley misma. La explicación es toda natural. Pero, por otra parte, un Dios, no es solamente un legislador venerado, un maestro imperativo que nos da órdenes sobre las cuales debemos inclinarnos sin comprenderlas. Un Dios es, al mismo tiempo, un poder seguro que nos ayuda y nos asiste. Dios nos hizo, dice la religión, es a él a quien debemos la existencia. Es nuestro padre, nuestro amigo, podemos contar con él, si nos ceñimos a sus órdenes. El tiene todo lo que hace falta para dirigirnos, posee todo para ser amado.

Y así, la ley moral se encuentra vinculada a la persona divina; es así como los primeros hombres consideraron la ley moral como la palabra misma de Dios. Como continuación de esta condición, las reglas derivaban de una gran fuerza moral de la que el hombre dependía, y es por eso que debía someterse con amor, debía violentar su naturaleza amando a Dios. El acto moral que se le exigía era de su interés, porque emanaba de un ser esencialmente bueno, de un poder paternal. Y, así, los niños podían ellos mismos comprender de dónde venía ese respeto por la ley moral que uno reclamaba de ellos.

He aquí la mayor dificultad de la moral laica. Lo que causa inquietud no es encontrar razones muy laicas para mostrar por qué tal o cual manera de actuar es recomendable. Lo que es mucho más complicado, pero sin embargo no imposible, es un modo de hacer comprender al niño por qué hay deberes, por qué debe violentarse, separarse de sí mismo para cumplirlos. Es imprescindible que comprenda que hay, bajo él, una cosa delante la cual se debe inclinar, reglas a las cuales debe obedecer porque ellas mandan; es necesario aproximarlas al poder moral del que ellas emanan; y porque los actos reclamados pueden aparecer como buenos, hay que concebir este poder como benéfico, como bueno.

Si renunciamos a servirnos de una fuerza divina, hace falta que encontremos otra que pueda jugar el mismo papel. Y sí, hay una, una fuerza de la que la divinidad no es más que una expresión simbólica; sí, hay una potencia que está cerca de nosotros, en nosotros mismos. Ella es también misteriosa, como la otra, pero podemos mostrarla, lograr comprenderla, hacerla visible, tanto como podemos ver el mundo exterior. Esta fuerza moral es tan real como las fuerzas físicas, que aunque nuestros ojos no las vean claramente existen; en la sociedad, esta fuerza moral radica en la propia sociedad de la que formamos parte. En efecto, una sociedad es a sus miembros lo que un dios a sus fieles. Un Dios es una fuerza superior que dirige al hombre, pues depende de ella. Pero la sociedad tiene, en relación con cada uno de nosotros, la misma superioridad, y ésta apenas la percibimos. La sociedad, tanto como la divinidad, sobrepasa infinitamente al individuo, en el espacio y en el tiempo. El individuo es un punto dentro del infinito social. ¡Está perdido en esa inmensidad!

Pero, por otro lado, se dice que las sociedades son mortales. Ciertamente, todas las sociedades son mortales, pero los dioses mismos han sido frecuentemente considerados como mortales. No es menos cierto que su existencia es extremadamente más larga que las de los individuos. Las generaciones pasan, la sociedad permanece. Su vida no se cuenta en días, por semanas, por años; ella se cuenta por siglos. Por consecuencia, en el tiempo, también sobrepasa al individuo. Es, asimismo, una fuerza moral, pues la colectividad es el sistema formado por todas las conciencias individuales en el presente, en el pasado. Ella rebasa al individuo en el espacio, pero igualmente lo excede desde el punto de vista de la riqueza moral. Por consecuencia, hay en el interior de las conciencias individuales menos civilización, menos moralidad que

en la totalidad, ninguno de nosotros en lo individual la absorbe en la totalidad. La ciencia, el arte, la religión, todas las creencias, la suma de las ideas de la técnica económica, industrial, comercial, todo eso está en la sociedad, y nos supera, nos desborda de todas maneras.

La totalidad de las religiones ha presentado a Dios como el legislador de la conducta humana. Pero la historia es la que nos muestra la realidad, y ésta es que la verdadera fuerza legislativa de los hombres, la única, era la sociedad. Cuando miramos en la realidad, vemos conjuntamente que la moral ha vivido la vida de las sociedades. Cada sociedad ha tenido su moral, de acuerdo con sus propios criterios. Han existido la moral griega y la romana. La moral evoluciona en el espacio como lo hace en el tiempo. Antes se decía: la moral griega y la romana no se parecen a la nuestra; pero eso correspondía simplemente a que el espíritu de la gente de ese tiempo no estaba suficientemente abierto: no podían ver la verdad donde ésta se hallaba. Y bien, la historia no nos permite admitir una tesis parecida. Si los romanos tenían una moral distinta a la nuestra, no se puede derivar, así como así, que estaban en el error, enceguecidos. No, porque no podían tener otra. Dado el estado de la organización de la ciudad romana, su moral no podía ser otra que la que era. Los romanos no podían vivir con otra moral. Si por azar uno hubiera podido infiltrar nuestras ideas en el espíritu de los romanos, la ciudad romana no hubiera sobrevivido. Desde el día en que las ideas morales comenzaron a cambiar, el imperio romano se desfondó. El papel de la moral es hacer vivir juntos a los hombres, y no de hacerlos morir. Porque, en un momento determinado, no había más que sociedades de ese género, más que morales de ese género. Si la sociedad romana no hubiera existido, ustedes tomarían fácilmente partido hoy día. Pero nuestra civilización le debe gran parte. Si el eslabón de la cadena histórica hubiere faltado, es la historia misma la que no hubiera sido lo que fue. No es por el azar ni por un capricho del hombre que la moral ha cambiado. No, es porque, dado el estado de tal sociedad, no puede haber más que esa moral. Si ustedes me dicen la manera en que se entiende el matrimonio, la familia, en una sociedad, yo podría decirles cuál era la moral de esa sociedad, pues todo eso está íntimamente ligado.

Nuestra moral está vinculada a nuestra organización social, como la moral romana lo estaba a la organización de la ciudad romana, como la cultura griega era un producto de la sociedad griega. Relean el admirable y siempre joven libro de Fustel de Coulanges: *La Cité antique*, y ustedes quedarán convencidos. Es la sociedad quien instituye la

moral porque ella la enseña. Suponiendo que uno pudiera demostrar la verdad moral fuera del tiempo y del espacio, para que ésta se vuelva una realidad, es imprescindible que haya sociedades que se la apropien, que la sancionen y la hagan realidad. Por la justicia que nos exigimos, requerimos legisladores que la hagan pasar en la ley. La moral no es una cosa de libros; brota de las fuentes mismas de la vida y se convierte en un factor real de la vida de los hombres. No existe más que en la sociedad y para ella.

He aquí un aspecto de la divinidad que encontramos en la sociedad. Nosotros vemos que esta gran fuerza moral de la sociedad nos dirige; toda la legislación moral nos viene de ella. Un Dios no es solamente un maestro respetado o prestigiado, es, además, una fuerza segura, benéfica. ¡Y bien! La sociedad cumple siempre esta misma condición. La sociedad, en ciertos aspectos, nos domina, nos rebasa, nos dirige. Acada instante, ella nos molesta, nos exige sacrificios. Desde esa perspectiva, aparece ante nosotros como una gran fuerza dominante.

Pero no está del todo fuera de nosotros, también está adentro. Ella no es verdaderamente real y viva más que en las conciencias particulares. Está dentro y fuera de nosotros. Es nuestra mejor parte. Todo eso que hay en nosotros de verdaderamente humano nos viene de la sociedad, todo eso que constituye nuestras conciencias de hombres proviene de ella. El lenguaje es un producto de la sociedad que, como la moral, expresa una de las fisonomías de la sociedad. Aprender palabras, no es solamente asimilar sonidos, es asimismo aprender ideas. Un diccionario contiene todo un modo de pensar. En una lengua, hay una mentalidad propia. Al aprender un idioma almacenamos un sistema completo de ideas que expresan la realidad y todo un conjunto de maneras de ver las cosas. Es aprendiendo la lengua materna que se constituye nuestro espíritu. El lenguaje nos viene de la educación social. Otra escuela en la cual nos formamos es la ciencia. Ustedes reciben aquí una cultura científica. Ustedes saben cómo se instituye el espíritu bajo la acción de la ciencia. Aquéllos que, por lo demás, no reciben directamente esa cultura, éstos que se encuentran privados de toda cultura científica, sin preguntarse por nada, incluso se benefician de ella. La ciencia se elabora para todos y los descubrimientos de uno se vuelven propiedad de todos. La geometría nos ha enseñado a ser, a actuar de determinada manera; la noción de causa ha sido donada por la ciencia; el conjunto de grandes nociones, todas las nociones esenciales que adquirimos cada día, las obtenemos en la escuela de la ciencia. Retiren de su espíritu todo eso que se ha conseguido por el

lenguaje, por la ciencia y ¿qué es lo que queda? Retírese igualmente eso que viene de una vida afectiva, especialmente esos múltiples sentimientos domésticos, esos múltiples sentimientos morales que tenemos. Podría decirse que habrá siempre el amor paternal, maternal. ¡Error! Han habido ciertas sociedades donde esos sentimientos no existían, donde no había afecto paterno. Yo no sé si hay un solo sentimiento en el corazón del hombre que no provenga de la sociedad. Es ésta la que los despierta siguiendo el tiempo, según los lugares, conforme las condiciones. Incontestablemente, los sentimientos evolucionan.

Ustedes ven cómo nuestro espíritu es producto de la acción social. Y no es sólo durante el primer periodo de la vida que la sociedad se mezcla con nuestra vida interior, ni tampoco cuando somos adultos. En realidad, esta acción se perpetúa consolidando la obra edificada. Si no lo hace, si esta acción no se prosigue más, la obra social se desfondaría. Nuestra organización, una vez constituida, siempre tiene necesidad de sustentarse. El ser moral que la sociedad crea en cada uno de nosotros, si no viniera invariablemente a reparar las pérdidas, como los alimentos vienen a reparar las pérdidas de nuestro cuerpo, se deterioraría y moriría. Nosotros actuamos y entonces gastamos, pero no podríamos gastar antes de haber recibido un beneficio. Hace falta que el presupuesto de nuestro organismo físico esté en equilibrio para tener un estado saludable. Sucede lo mismo con nuestro organismo moral. Los esfuerzos que hacemos para alcanzar el éxito, requieren gastos. Para resistir la fatiga hay, a cada instante, elementos que nos llegan, que nos vienen de afuera, sin que dudemos jamás que llegarán. Hay allá un flujo de fuerzas que nos reconfortan eternamente, sin que nos demos cuenta. De esta manera, no podemos eludir la aprobación de nuestros semejantes, el asentimiento de la opinión pública.

Sin duda, podemos ofrecer resistencia contra ella, pero nunca estamos en condiciones de avanzar mucho. Nos vemos obligados a cargar nosotros solos con el esfuerzo de la nueva lucha. Cuando sentimos a nuestros contemporáneos de acuerdo con nosotros, nos sentimos atravesados por afectos que vienen de ella. Nos juzgamos más fuertes, en realidad, somos más fuertes. Son fuerzas reales, aunque no se puedan medir con un dinamómetro. Somos realmente más fuertes. Tenemos necesidad de estar sostenidos, apoyados, es ésa una acción de todos los instantes, pero la percibimos sobre todo en las épocas críticas, cuando estamos particularmente abatidos, descorazonados. Si nos incorporamos a un grupo con el cual estamos atados, enseguida nos inunda un nuevo temple. Es en esas ocasiones que se siente la

utilidad de la familia, de los agrupamientos, de las fiestas y las ceremonias públicas. ¿Para qué sirven esas manifestaciones?, para mantener los sentimientos colectivos de la sociedad, reuniendo a las masas, invitándolas a revivificar esos sentimientos y refrendándolos en común. Desde que los individuos son reunidos, ustedes saben bien cómo se exaltan esos sentimientos. Los partidos políticos se han dado plena cuenta. Ellos buscan cualquier ocasión de agrupación de individuos para reconfortar y exaltar sus sentimientos. Nuestra voluntad se encuentra amplificada por el agrupamiento. Hay también de esta manera, sin que podamos ver claramente venir de fuera, un aporte perpetuo de fuerza, que viene a sostenemos incesantemente y del cual no podemos prescindir.

Entonces, ustedes comprenderán cómo la sociedad, al mismo tiempo que es una fuerza legislativa, es una fuerza de seguridad. Una fuente de fuerza, y por eso debemos amarla; es de ella de donde deriva en parte nuestra vida. Caeríamos al rango de los brutos si quitamos eso que ella ha hecho por nosotros. Quiten el lenguaje, no nos quedan más que las sensaciones de la vida animal, no habría más ideas generales. Todas las formas superiores de la actividad humana son de origen social. La religión lo ha resentido. Yo les digo bajo una forma laica eso que se enseña en las iglesias: hay en el hombre una parte eminente, excelente, que nos rebasa, que siendo nuestra está más allá de nosotros. Esa parte es justamente aquello que la sociedad ha desarrollado. ¿Qué sería el hombre sin la sociedad? Si no hubiera sociedad, el hombre no sería un ser humano. No podemos saber, en verdad, qué sería el hombre fuera de una sociedad. Vean cómo podemos querer a la sociedad aunque nos mande, pues quererla es queremos, negarla sería negarnos: nuestra suerte está ligada a la suya.

Si no estuviera presionado por el tiempo, mostraría el paralelismo entre la noción de sociedad por un lado y la noción de divinidad por el otro. Un Dios es necesario a los fieles, pero éste tiene necesidad de sus fieles, reclama ofrendas y sacrificios. El Dios moriría si no se hicieran sacrificios sobre sus altares. Las religiones de hoy son más idealistas que las antiguas, pero ese dios que se adora ahora tiene necesidad, él también, de aquellos que lo adoran tanto como las deidades de otras épocas. Si el Dios cristiano no fuera adorado, orado, no existiría. No vive más que porque nosotros le rezamos. Nosotros le conferimos la existencia, nosotros le damos existencia, al mismo tiempo que se la debemos. Ustedes encontrarán el mismo círculo en la vida social. El individuo tiene necesidad de la sociedad, pero, por otro lado, la colecti-

vidad no sería nada sin los individuos. Nosotros tenemos necesidad de la sociedad, pero ella también requiere de nosotros. En ocasiones, cuando mostraba todo lo que hay de superior al individuo, se me decía: la sociedad no existe fuera de la conciencia individual. Pero ¿qué prueba esto? Nada de nada. Hay ahí un círculo como los que hay en la vida. Encontramos incluso en la sociedad el elemento de misterio que estamos habituados a sentir alrededor de la divinidad. ¿Qué vemos de la sociedad? No percibimos más que algunos raros elementos: éstos que están agrupados cerca de nosotros. Y sin embargo, en ese preciso instante, hay alrededor de nosotros una multiplicidad de murmullos que suben y nos llegan de todas partes, y nos calan. Todo eso es el eco, el eco de una vida común enorme, de la que no conocemos más que una pequeña parte. ¡Escuchen! ¡Es el enorme rugido sordo, confuso, de esta gran máquina social! ¡Pero no lo sentimos más que de un modo misterioso, pues esta fuerza que se agita es vaga y misteriosa! Más lo pienso y más me convenzo de que en el fondo de la divinidad, no hay otra cosa que la fuerza de la colectividad que se expresa a través de símbolos. Antes se habían imaginado que los dioses antiguos eran potencias físicas. Eso es hoy insostenible; ustedes se dan plena cuenta de que fuera de las grandes fuerzas físicas, hay otra que nos toca de más cerca: es esta gran potencia moral de la que venimos hablando. Y el Dios, y los dioses, fueron conocidos originalmente como potencias morales. Hay lugar a suponer que el poder divino es la sociedad personificada, es la persona donde cobra forma la Trinidad.

La sociedad puede jugar el mismo papel en la vida moral que aquél que las mitologías han asignado a los dioses de todos los tiempos. El rol de los dioses, lo cumplen las sociedades. Podemos sustituir el poder político, el poder social, por la potencia religiosa. Esta sustitución es absolutamente legítima. No hace más que poner las cosas en su lugar. Reemplaza el símbolo por la realidad que ese símbolo expresa pero que desnaturaliza expresándolo.

Entonces, la enseñanza de la moral se hace posible. No hay enseñanza puramente libresca. Ésta consiste en hacer ver una realidad, en poder tocarla con los dedos. Enseñar las ciencias, es enseñar algo real. Instruir la moral, es enseñar cómo ésta se aproxima a una cosa real. Muy frecuentemente uno se ve obligado a dejar las ideas en el aire, uno no ve a qué se acercan. En efecto, esa realidad existe. Podemos hacérsela ver a nuestros niños. Hay ahí todo un mundo que dejamos en

la ignorancia y en el cual hay que compenetrarlos. Les hacemos comprender el mundo físico, pero no les decimos nada del mundo social. Podemos servirnos de la historia para mostrarles los lazos que nos atan al mundo. Esos vínculos dominan nuestra vida, pero no son vínculos materiales que se puedan tocar. Uno no siempre los siente, y por eso se niegan. Hay que abrir los ojos del pensamiento que harán ver cómo, dado que los hombres viven juntos, sólo dependen de ellos mismos.

No hay enseñanza más importante. Miren cómo las lecciones que se derivan de la vida real pueden preparar la primera formación de esta idea moral. A un alumno es más fácil hacerle reconocer que es diferente cuando está en grupo que cuando se encuentra solo. Uno puede hacerle ver cómo, cuando está descorazonado, encuentra su valor, cómo cuando está solo no actúa como cuando se halla con sus camaradas. Hay sobretodo una enseñanza de la historia que debería servir precisamente a lograr ver qué es esta realidad social. Uno es capaz de mostrar lo que han sido los hombres anteriormente, cómo estaban agrupados, cómo cada generación ha determinado a la siguiente. De este modo, uno le hará descubrir todo ese mundo del pasado, nuevo para él, para lo cual sus sentidos no han sido ejercitados. La misma instrucción de las ciencias es útil desde este punto de vista. Pues no crean que el hombre es el único que vive en grupo. Todo el universo no es más que una inmensa sociedad donde cada cuerpo celeste es una porción. El átomo atrae al átomo; la célula atrae a la célula. Alguien ha dicho que el cuerpo humano es una asociación de células. Esta ley de grupos domina todo el universo. Hay ahí ideas muy simples, que no tienen nada de complejo, que pueden ser presentadas en una forma elemental. Todo el aprendizaje debería procesar ese tipo de enseñanzas. Si no se puede hacer, no hay nada que hacer en la enseñanza de la moral.

Para que la enseñanza de la moral sea posible, hay que mantener intacta la noción de sociedad. Hay que sostener que la sociedad es la condición misma de la civilización y de la humanidad. Y puesto que la patria no es otra cosa que la sociedad más altamente organizada, ustedes pueden entrever que negar a la patria no es nada más encerrarse en ciertas ideas, es también herir la vida moral en su propia fuente.

Sin duda, se cree que se puede oponer la patria a la humanidad. Pero eso es el resultado de un enorme error. El grupo más altamente constituido, el más elevado, es la sociedad política, es decir la patria. Seguramente, yo sé bien cuáles son los nobles sentimientos que están en la

base de esta negación de la patria. Puesto que la máquina social es pesada, no siempre evoluciona según nuestros deseos. La sociedad, tal como es, aparece como un obstáculo a las almas ardientes, prendadas de ideal. Nada más humano que querer quitar el obstáculo. Y miren cómo, bajo la influencia de sentimientos generosos, uno llega a esta conclusión de que la sociedad presente es un enemigo que hay que vencer y del cual hay que deshacerse a todo precio. Yo no voy a intentar frenar esos sentimientos generosos si ustedes los sienten. Yo creo, al contrario, que no hay de ninguna manera lugar de entibiarlos arbitrariamente y, si por azar, esos ardores pueden tener alguna cosa de excesivo, yo me pongo en contacto con la realidad para aportarles, antes que tarde, el aplomo necesario. No se trata de protestar contra esos sentimientos, pero lo que quiero hacerles comprender, es que esos sentimientos son muy violentos y que se vuelven contra ellos mismos.

En suma, ¿quién crea esas nuevas ideas?: la sociedad. Entonces, hace falta que uno se interese por ella para tenerlas. Es a ella a quien debemos la poca justicia que tenemos. Es a ella solamente que podemos pedir la más alta justicia a la que aspiramos. Si buscamos destruir nuestra patria, negarla, buscamos destruir el instrumento necesario a las transformaciones que podemos anhelar. Esta destrucción de la patria que se sueña, no ha sido siempre un sueño. Ella se realizó antes. Hubo un momento en que todas las patrias se ensombrecieron. No todas las sociedades que componían el Imperio romano destruido por las invasiones de los bárbaros sucumbieron. Pero ¿qué resultó de esta subdivisión al infinito? Una inmensa regresión de la civilización. La Edad Media no fue más que un periodo de tinieblas. La destrucción de la patria no tendría otros resultados. Yo no sé si será posible impedir la producción de la violencia; ella puede jugar, en el futuro, un papel como lo ha jugado en el pasado, pero más desagradable. Es posible que cualquier día haya otra Edad Media, pero hace falta que sea menos larga y menos tenebrosa que la nuestra.

La sociedad del presente sabe amar a aquella de ayer y la de mañana que la sociedad de ayer y de hoy llevan a cuestas. Y si el parto es doloroso, laborioso, es una razón para ayudar en su trabajo y no para volvernos contra ella. Hace falta amarla en sus miserias; claro, como ella tiene a todo nuestro ser moral por sus fibras, sus miserias son igualmente nuestras miserias, sus sufrimientos también los nuestros. Es imposible que nos dejemos ir contra ella por un arrebató violento sin que del mismo golpe nosotros nos lastimemos y nos destruyamos.